

LADRONES DE HISTORIA

PABLO NÚÑEZ

BARCELONA 2010

Publicado por:

EDITORIAL ALREVÉS, S.L.

Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a

08034 Barcelona

info@alreveseditorial.com

www.alreveseditorial.com

© Pablo Núñez, 2010

© de la presente edición, 2010, Editorial Alrevés, S.L.

Printed in Spain

ISBN: 978-84-937728-6-4

Depósito legal: B-1511-2010

Diseño de portada: IZQUI

Impresión:

Novagràfik, S.L.

Vivaldi, 5

08110 Montcada i Reixac (Barcelona)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

A Mari Cruz, siempre tú, solo tú.

A Laura y a Arturo, por cada beso, por cada caricia,

por vuestras risas y vuestros llantos,

con todos ellos me hacéis feliz.

A mi abuelo Manuel,

de su recuerdo nació esta historia.

A la querida lectora, al querido lector,

y a los librereros,

sin vosotros, sin vuestra magia,

no merece la pena cerrar los ojos para soñar.

LVCVS AVGVSTI (LUGO) fue fundada por el legado romano

Paulo Fabio Máximo; y sus murallas, declaradas PATRIMONIO

DE LA HUMANIDAD por la UNESCO el 30 de noviembre del

año 2000.

5

1

EL GALLEGO

Una boda sin una gaita es como un funeral,

un funeral sin una gaita es como entrar en el infierno.

MATELO. LUGO

La música más maravillosa del mundo inundaba el atardecer,

sonaba la gaita. Manuel no quería interrumpir y se

escondía detrás de unas *xestas*, tres liebres en su zurrón

y la escopeta reposando sobre la hierba. Su vecino, *Xocas*,

además de fabricar artesanalmente y a mano el más gallego

de los instrumentos, era un músico extraordinario. La

«*Muiñeira de Chantada*» embriagaba a Manuel.

Xocas presumía de su innato arte para la fabricación de

gaitas, se proclamaba a sí mismo el mejor artesano de Galicia.

Y en parte tenía razón, muchos clientes de las cuatro

provincias, e incluso de Asturias, Zamora y el norte de Portugal,

visitaban la pequeña casa de la aldea de Matelo para

conseguir uno de los cotizados instrumentos de madera de *buxo*. Hasta en Buenos Aires, la quinta provincia, sonaban ya los acordes de varias de ellas, transportadas en la maleta de algún emigrante, siempre dispuesto a echar una mano al gaitero. La herramienta principal de *Xocas* era un torno heredado del abuelo de su padre, con el que conseguía

6

una precisión y control sobre la madera con un alto grado de perfección, sobre todo en piezas tan importantes como el ronquillo, el puntero o el roncón.

Pero en aquel preciso instante, el de Matelo no tenía más pensamiento que las notas de la favorita de las muñeiras, el fuelle a tope de aire y el roncón apoyado sobre su hombro izquierdo, con los flecos y la borla, siempre de color verde esperanza, ondeados por un suave viento del sur. La estampa del gaitero era digna de un cuadro de Goya, erguido sobre una roca granítica, abundante por la comarca, y la retirada de un sol rojísimo contorneando su silueta. Ya casi la tenía afinada.

Manuel disfrutaba y pensaba, tal vez aquella fuese la última vez que escuchase la melodía.

ZÚRICH. SUIZA

El camión rebotaba en todos los baches de la tortuosa carretera de tierra, pero pronto alcanzaría el ansiado asfalto de la ciudad. Su conductor casi se dormía al volante después de demasiadas horas de viaje ininterrumpido, había recogido su *paquete* en la frontera entre Andorra y España y ya deseaba un descanso en la casa de su señor en Zúrich. Quince kilómetros más y al fin. Leonardo era argentino, porteño de adopción, pero natural del departamento de San Rafael, en la provincia de Mendoza. Le apasionaba Suiza, sus grandes espacios naturales y grandes montañas, aunque nada se podía comparar con el Aconcagua o la laguna del Diamante. En Suiza, Leonardo se sentía valorado y a la vez necesario, el conde siempre recompensaba sus servicios y él correspondía con una lealtad a prueba de bomba.

El que no se sentía tan feliz era el *paquete*, García estaba maniatado y con los ojos vendados por un pañuelo negro que no le dejaba ver ni torta, ya no sabría decir si llevaba cuatro o cinco días en la caja de aquel camión. Por lo menos le daban comida y vino de vez en cuando y lo sacaban para estirar las piernas y dar un respiro a sus necesidades. ¿Quién demonios lo había secuestrado? Estas cosas pasaban

7

por acudir a las casas de citas de Madrid sin su habitual escolta de soldados. ¡Maldita suerte!

SEVILLA

Candela nadaba por la orilla izquierda del río Guadalquivir ante las lascivas miradas de cuatro o cinco estibadores de las barcazas.

—¡Guapa!

—¡Gitana, morena!

Ni caso. Ella seguía a lo suyo. Candela era efectivamente

morena de cabellos y de piel, aunque no gitana, sus ojos negros como el carbón y su figura esbelta y bellísima. Le gustaba sumergirse en el río los días de calor, como muchos sevillanos, para paliar en lo posible los sudores de la jornada. Unas brazas más y salió por donde lo hacía siempre, justo delante de la famosa Torre del Oro, la torre albarrana de los Almohades, con sus doce lados, con sus azulejos de reflejos dorados. Se secó con una toalla de paño que guardaba en la orilla y se puso su ropa seca, ropa humilde y desgastada. Una mirada más hacia el monumento, el mismo que echaba la cadena hasta la otra orilla para proteger la entrada del puerto, el mismo reducto que hubo de vencer la escuadra castellana de Bonifaz. La prisión que guardaba los metales preciosos que transportaba la flota de Indias. La esperaban en casa y por ello no retrasó más su regreso, era huérfana de padre y madre y tenía seis hermanos, todos menores y todos a su cargo. Un tiempo atrás, cuando mamá murió y Candela solo tenía once años pasaron hambre y vivieron prácticamente de la caridad de las vecinas, sobre todo de los restos que la anciana *Marisita* repartía con su propia familia. Candela era ahora la madre y tenía pocas posibilidades, ¿quizá si se dedicase a robar o a mendigar? Y esa era su profesión, la mejor ratera de la ciudad, una experta en *su* arte que cada vez perfeccionaba más sus métodos, ahora sus hermanos vivían casi como los señoritos. —Hasta mañana, muchachos.

8

—Adiós, Candela, ¡que Dios te conserve el salero, hija! Y sin más demora, se encaminó hacia la catedral por el Archivo de Indias, dejando a un lado los Reales Alcázares y la Giralda, llegó a su barrio, Santa Cruz, el más hermoso de Sevilla, con permiso de los trianeros, claro. Pero no se percató de que alguien la seguía desde una prudente distancia, un hombre se escondía por las esquinas para evitar las continuas miradas hacia atrás de la chica.

Candela vivía en una típica casa andaluza, apartamentos por todas las fachadas con ventanas amarillas y un gran patio interior infestado de plantas y flores por los cuatro costados, en el centro una pequeña fuente de piedra por la que un angelillo vertía el líquido elemento. Para llegar a los apartamentos superiores se subía por una escalera de madera, que amenazaba seriamente con enviar a sus usuarios hasta el fondo del patio.

Su piso era el último, una diminuta buhardilla en la que se apiñaban los siete, a veces pensaba que era imposible vivir con tanto hermano en solo dos habitaciones. ¡Así es la vida!

—¡Hola, *Candelilla*! ¿Cómo te fue el día?

Le hablaba *Clarita*, la menor.

—Bastante bien, le birlé la billetera a una gran señora en la farmacia de Sofía. Tenemos comida para varias semanas. ¿Me haces un favor? Acércate a la tienda y cómprame arroz y café.

—Ahora voy, ¿no esperamos a mis hermanos?
—Están en la escuela de Santa Ana, tú también deberías, pero prefiero que te recuperes del todo. Si yo ya me dedico a esto, es suficiente. Los demás seréis personas de provecho.

La niña llevaba unos días muy débil a causa de unas extrañas fiebres que afortunadamente ya remitían. El pensamiento de Candela era su fuente de vida, tenía que conseguir a toda costa que sus hermanitos no siguiesen su mal ejemplo y acabasen robando por las calles de la ciudad.

9

MATELO. LUGO

La gaita de *Xocas* vaciaba su fuelle y Manuel se asomó desde detrás de los matorrales.

—¡Manuel, Manuel! Siempre haces lo mismo, un día me matarás de un susto.

—No tocarías así si me vieses rondándote.

—¿Lo dudas?

—No, pero llevo años escuchando tus *muiñeiras* a escondidas, cierro los ojos y sueño. Hoy es distinto, mi cabeza se distrae con el compás de cada nota musical.

—Tranquilo, volverás a salvo. Tienes miedo, ¿verdad?

—Sería estúpido si no lo tuviese, estoy aterrorizado. Si las cosas no van bien acabaré como estas —dijo señalando a las liebres.

—Tú eres más listo, no te dejarás cazar tan fácilmente. Te conozco desde niño y sé que sabrás protegerte.

—Que Dios te oiga, pero no solo depende la pieza, es un duelo entre ella y el cazador, un duelo a muerte. Si él se lleva la partida y acierta con el disparo, volveré, pero con los pies por delante y en una caja de madera.

—Extrema las precauciones, muchacho, no me gustaría asistir a un funeral. Y menos al de un amigo, prefiero tocar para ti aunque me sienta espiado.

Xocas agarró la gaita con la zurda y pasó el brazo derecho por el hombro de Manuel. Caminaron juntos en silencio hasta alcanzar el cruce que separaba los dos senderos, el gaitero extendió la palma de la mano y el de Matelo la golpeó suavemente, devolviéndole el saludo y al tiempo la peculiar forma de despedirse.

—Hasta la vuelta, amigo mío.

—Adiós, *Xocas*. Espero que de vez en cuando nos dediques una alborada.

—Es lo menos que puedo hacer por ti y por tus hermanos, tocar. Eso haré.

10

MANSIÓN DEL CONDE RUDOLPH VAN DER GLOBBER.
ZÚRICH. SUIZA

El conde Rudolph Van der Globber paseaba por el pasillo superior de la mansión admirando *su* arte. Docenas de cuadros, esculturas y obras de diferentes géneros adornaban las paredes y toda la casa. Rudolph vivía en un lugar de

ensueño, un castillo de cuento de hadas que pertenecía a la familia desde su construcción, un palacio en las nubes. El camión entraba por los jardines de la puerta principal. Estos eran una auténtica locura artística; setos de mil formas, laberintos e infinidad de abetos que desde la avioneta biplano *De Havilland Tiger Moth* del millonario formaban

una gigantesca *G*. Más de diez empleados se encargaban a diario de su cuidado, de las podas, y de que el rastrillo no se olvidase ni una sola hoja durante el otoño.

«Mendoza me trae al español», pensó. El conde utilizaba más el origen argentino de Leonardo que su propio nombre de pila.

Mendoza abrió la puerta trasera y arrastraba a García hacia la escalinata, el español se sentía mareado y las piernas temblaban como un flan. Sus ojos seguían vendados. El pañuelo desapareció y la claridad cegaba sus ojos, se hallaba en un salón enorme repleto de lámparas por todas partes. ¡Maldita luz! Estaba solo pero sus manos seguían atadas, empezaba a ponerse nervioso y entonces apareció él. Un tipo impecablemente vestido, muy bajo, aunque caminaba con la cabeza bien erguida.

—Soltad al capitán.

García pensaba, sabía su graduación, lo conocía.

—Me llamo Rudolph Van der Globber, siento mucho los modales pero era estrictamente necesario. —Hablabla castellano pero su acento era marcado, quizá holandés.

—¿Quién es usted y qué quiere de mí? No tengo cuentas pendientes con usted, ni siquiera le conozco.

—Quiero que hagamos negocios juntos.

—¿Usted hace negocios con la gente que secuestra?

—A veces. Me crea o no, es un método eficaz. —Al menos sí era persuasivo.

11

—Fantástico, porque yo no estoy muy acostumbrado a este tipo de métodos.

—García, usted no es lo que yo llamaría un angelito, pero deje que me explique.

—Estoy deseando escucharlo.

—Me dedico a la adquisición de obras de arte, pinturas y cosas así. El problema es que a veces uno no puede conseguirlo todo, y lo que yo deseo está en las manos equivocadas. Necesito varios objetos españoles y usted puede ayudarme a conseguirlos.

—¿Por qué yo?

—Me han dicho que le gusta el dinero y que no le importa cómo conseguirlo si la cantidad es la apropiada. Estamos hablando de un millón de francos suizos.

—Comenzamos a entendernos. —Los ojillos avaros de García tomaron un brillo especial.

—Bien, entonces le hablaré claro. Su país está envuelto en una guerra civil y el escenario me conviene. Le explicaré lo que quiero, mañana lo devolveré a España y luego solo

tendrá noticias más a través de Mendoza, ese caballero que lo ha acompañado en el camión.

García no salía de su asombro, una guerra que convenía a un extranjero, un caballero que lo había secuestrado...

Van der Globber seguía hablando.

—Se trata de lo siguiente, yo le indicaré un lugar y un objeto, usted lo consigue y se lo entrega a Mendoza. No importan los medios y no importa si hay bajas, ¿me entiende?

Su responsabilidad es reclutar a su equipo y enviar las piezas en plazo, sencillo, ¿no?

—Le entiendo pero escúcheme usted a mí, no será tan sencillo como usted lo plantea desde la distancia, la situación es muy violenta y tenemos escaramuzas a diario con el enemigo.

—Ya lo sé, pero estamos hablando de un millón de francos, una cifra que satisface el riesgo que correrá su vida.

El capitán García asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—¿De qué objetos se trata? Necesito saber su ubicación exacta y algunas cosillas más.

12

—No tenga tanta curiosidad, todo a su debido tiempo, ¿hay trato?

—Hay trato.

SANTA MARÍA ALTA. LUGO

—Mamá, hoy traigo algo para que cocines, he tenido suerte en el monte. Míralas, son enormes, las más grandes que he cazado.

Manuel traspasaba la puerta y besaba en la mejilla a su madre, posó sobre la mesa las liebres y se sentó para limpiar su arma. La señora Matilde había estado llorando todo el día, Manuel lo notaba en sus ojos pero no dijo nada. Ella despellejaba las piezas y él bajaba la cabeza hacia su escopeta de caza, no se trataba de un arma cualquiera. Un pariente emigrado a Inglaterra la trajo tras su jubilación como regalo de su patrón, un lord escocés. Nadie conocía su verdadero valor aunque se sospechase que era elevado. Se trataba de una Holland & Holland con grabados en plata y fabricada totalmente a mano, doble cañón en paralelo. Su anterior dueño había hecho pruebas previas para comprarla por consejo de la propia fábrica. Todo influía, la altura, constitución física y estilo de disparo del tirador se tenían en cuenta en la primera toma de contacto. Un año y medio después, lord McAllister tenía su capricho. Pero sin saber su historia, el gallego se consideraba afortunado y la Holland era realmente bonita, sobre todo los grabados plateados, que representaban a una mujer con un arco abatiendo un jabalí enorme, Diana la cazadora, la diosa mítica. Silencio, pero hasta cierto punto era normal, Matilde despediría por la mañana al único hijo que no tenía en la guerra. Los dos hermanos de Manuel ya combatían, y para su desgracia en bandos opuestos, «las dos Españas», como diría el universal Antonio Machado, o «las hordas rojas frente a la civilización cristiana», como diría algún que otro

visionario, ¡vaya tontería! Ingenuas guerras civiles. A cada hermano le sorprendió el comienzo de las hostilidades en distintos lugares del mapa. Y al tercero lo requirieron el

13

martes desde la oficina de reclutamiento de Lugo, el lunes siguiente se presentaría en el cuartel de Las Mercedes. Ya era domingo, de ahí el silencio de madre e hijo, quizá viviesen sus últimas horas juntos.

Matilde miraba a su hijo. Manuel, cabizbajo y pensativo, no se percató de ello. ¡Mi muchacho! Aunque su amor de madre se dividía a partes iguales entre sus retoños, su corazón siempre guardaba un lugar muy pequeñito y especial para Manuel, los mimos y cuidados hacia ella lo hacían merecedor de tan inofensiva predilección. Además, hasta aquel preciso día, él era el único de sus cuatro hijos que todavía permanecía en el hogar familiar, y los tiempos que vivían, complicados e injustos para todos, multiplicaban la soledad de una viuda joven y abandonada por el destino. Las mocitas de los alrededores también lo echarían de menos, aquel hombretón de buena planta, rubio y con unos ojos azules como el mar, había sembrado semillas de Adán en los corrillos de comentarios femeninos.

—En unos minutos te preparo la cena, cuando termine con esto, ¿vale?

—Claro, madre. No tengo hambre.

—¿Te preocupa algo? —Más y más silencio—. No sé para qué te pregunto.

El muchacho tenía miedo, para qué negarlo, ya lo había hablado con el gaitero, pero con mamá era distinto, ella le encontraba fácilmente la fibra sensible. En las guerras muere gente y le podía tocar la lotería, miedo y ganas de llorar y abrazarse a mamá, pero ella no se lo merecía, aguantaría. Pocos días antes, *Jesusito* volvió a casa de permiso, la explosión de una granada le alcanzara en la pierna, nada importante. Le contó cosas horribles, hombres muertos, miles de heridos, pero él ya estaba en la lista. Pocos consejos, evitar al enemigo y alcanzarlo con sus balas en el lugar más preciso. «¿Y eso cómo lo hago? No es lo mismo cazar una perdiz o un conejo que dar muerte a un ser humano.» Si al menos pudiese dormir aquella noche.

14

BARRIO DE SANTA CRUZ. SEVILLA

—Esa es *Clarita*, la cría.

Desde su escondrijo, Juan escudriñaba todos los detalles de la casa de la tal Candela, llevaba más de tres meses siguiéndola. Conocía sus costumbres, sus horarios e incluso el nombre de los hermanitos. Juan era policía, pero con los recientes altercados su unidad al completo se había traspasado a la policía militar. Su jefe inmediato era ahora Díaz, un diablo con muy mala leche y poco conocimiento de su recién estrenado oficio, en realidad era sargento de artillería. Y su primera misión se las traía, sorprenderla con las manos en la masa, estaba atónito con la habilidad de Candela

para rapiñar cualquier objeto que se propusiese. Tenía que pillarla en algo grande para así mejorar su relación con el temible Díaz.

En su buhardilla, ajena a las andanzas de Juan, Candela planificaba su siguiente golpe. Esta vez sí conseguiría algo suculento, tendría que pedir prestadas las ropas más elegantes para pasar desapercibida en el lugar donde la citaba el destino.

SANTA MARÍA ALTA. LUGO

El abrazo parecía inacabable, esta vez ninguno de los dos escondía sus lágrimas, ¿para qué? Manuel y su madre se despedían.

—Adiós, mamá.

La mujer no respondió, su garganta sangraba de dolor.

El hijo se dio la vuelta y comenzó un camino que no conducía a ninguna parte, ¿por qué a la guerra? Quizá para evitar un final como el de los hijos de la señora María, los muchachos se negaron a un alistamiento *voluntario*, dos días más tarde apareció un coche en la aldea con cuatro hombres.

Se bajaron todos menos el conductor, minutos más tarde

sus vecinos reposaban sobre el barro del camino con los sesos por fuera de la cabeza. El propio Manuel buscó dos

15

boinas, que pertenecían a un tío sastre, para que la histérica madre no viese una escena tan desgarradora y cruel, y al menos, pudiese disimular los agujeros de bala. Por eso no cuestionaría la voluntariedad de los alistamientos, hasta en la aldea más remota como la suya se conocía la ya por desgracia moda de los *paseos*, o ejecuciones sumarias que ambos bandos solían efectuar en las retaguardias. Una vergüenza que alguien pagaría con el tiempo, o eso esperaba él. Caminaba y caminaba, y mientras lo hacía pensaba, ¿y si se encontraba con sus hermanos en el frente? ¿Y si tenía que enfrentarse al que no compartía filas? Tendría tiempo para más de un millar de preguntas, tardaría unas cuatro horas en llegar a Lugo. Lo esperaban en el cuartel de Las Mercedes junto a otros cien mozos de la provincia, los llamamientos se incrementaban en las últimas semanas por el aumento de nuevas heridas abiertas en toda la geografía del frente de batalla.

—¡Marcha, Chispón! ¡A casa! —Su perro fiel llevaba unos dos kilómetros siguiéndole, esta vez el can emprendió el camino de retorno. No lo acompañaría más buscando perdices, bien adiestrado, Chispón había aprendido rápidamente el arte de la postura, convirtiéndose en un gran cazador, al igual que su amo. Manuel casi vuelve a llorar cuando su fiel amigo se despedía de él a su manera. Una última mirada hacia atrás, en la siguiente loma desapareció la imparable cola del animal.

Paso a paso y hacia la ciudad de las murallas, ya estaba a la altura de El Veral, sus ojos se maravillaron, como

tantas y tantas veces, con el mar de robles y castaños que custodiaba el camino, todavía continuaba latente en su imaginación la idílica imagen de la última helada, las estalactitas de hielo adornaban con magia cada rama, cada hoja. Si seguía con ese ritmo podría comer antes de acudir a su cita. Y así fue, unas horas más tarde compartía mesa en la Rúa Nova con un desconocido, devorando cuatro raciones de *pulpo a feira*.

—Está delicioso. —Manuel se irguió para despedirse de su compañero, un peón caminero de Badajoz, y se dirigió al mesonero con unas monedas en la mano.

16

—¿Qué le debo, jefe?

—Con eso es suficiente. —El mesonero se fijó en el enorme macuto que portaba el de Santa María y decidió saciar su curiosidad.

—Eres de los que se van hoy, ¿no, hijo?

—Lo soy.

—Suerte, chaval.

—Gracias, hombre. El pulpo estaba buenísimo, volveré a comerlo en su tasca. —Un apretón de manos y se fue pensando desde cuando no le llamaban hijo, padre había muerto hacía años y mamá no se desahogaba con mimos o cariño. No podría culparla ni echárselo en cara, si la vida se les atragantó a todos, qué decir de la joven viuda.

Diez minutos después pisaba por primera vez Las Mercedes, un subteniente los esperaba en el portón de entrada para solicitar su nombre y apuntarlo en la libreta que portaba. Ya estaban casi todos los integrantes de su listado, a la izquierda del primer apellido trazaba una cruz negra, quizá el símbolo que jalonaría el destino de los muchachos.

—¡A formar al patio! —El mismo subteniente tomó la palabra.

—Os explicaré brevemente lo que vamos a hacer con vosotros. Esto es un billete, en cuanto terminemos, tomáis el camino de la estación y os metéis en el tren que os está esperando. Vuestro destino es Valladolid, allí comenzarán con la instrucción. Repartiré los billetes.

—¡Abuín Pérez, José!

—¡Álvarez Carballo, Juan Ignacio!

—¡Balado Quintás!

Y así llegaron a Núñez. Manuel dio un paso al frente para tomar el estrecho cartoncillo de papel que marcaría su estación final.

—Presente, señor.

—Buen viaje.

Una retahíla de jóvenes con la cabeza gacha bajaba por la amurallada puerta de la estación, en busca del búfalo de hierro. Cada uno ocupó el lugar que marcaba su billete en unos pequeños y duros bancos de madera, algunos astilla¹⁷ dos. El revisor hizo su trabajo en un suspiro y les advirtió que harían unas seis paradas para recoger a más compañeros antes de arribar a Pucela. Entonces la máquina comenzó

a soplar y todos oyeron el silbato del jefe de estación de Lugo.

Manuel trató de acomodarse, nunca había viajado en ferrocarril, estaba un poco nervioso. Por suerte, nadie se sentaba, por el momento, ni a su derecha ni a su izquierda y pudo acomodarse en su bolsón y tumbarse sobre el banco. Con el suave traqueteo del tren se quedó dormido.

Otro silbato, ¡última parada, Valladolid! Increíble, no se despertara en las anteriores estaciones y ni siquiera para el rancho. Mucho mejor.

Los camiones esperaban en las mismas escalerillas del tren, eran tantos hombres que casi no quedaba sitio en las cajas. Llegaron al campamento, mil doscientos cincuenta mozos españoles se apelotonaban en un descampado totalmente cubierto de barro. Allí, el encargado de la lista era un sargento con cara de pocos amigos.

—¡Manuel Núñez!

—Aquí.

—Te toca en la última tienda de tu derecha. Apellido castellano, ¿de dónde vienes?

—De Lugo, mi sargento.

—¡Vaya por Dios, otro gallego! Sois como los piojos, al menos sabes mi graduación, ¿has servido ya?

—Mis hermanos combaten, señor.

—¿En qué bando? Espero que en el nacional o te fusilo aquí mismo.

—En el nuestro. —El gallego expulsó con alivio el aire que sus pulmones contenían desde hacía unos segundos. El sargento lo miró de arriba a abajo, sus ojos reflejaban odio, su mirada infundía respeto.

—Menos mal, una suerte para ti.

18

2

LA DIANA

SEVILLA

Juan estaba impresionado, parecía imposible que la mujer que había visto entrar en la casa unas horas antes fuese la misma. Candela vestía ropas de lujo, vestido blanco y negro un poco escotado, los volantes, las sandalias y el mantón de Manila que escondía su palabra de honor en los mismos tonos, y movía con una gracia divina un abanico con su mano derecha. «¡No me lo puedo creer, pero si es la mismísima Afrodita!» La diosa de la belleza surcaba el viento ante él, sin reparar lo más mínimo en su presencia, sin sentirse acechada. Ciertamente que la mujer era bella, esbelta y espigada, talle perfecto y unas piernas de ensueño, ojos y cabellos gitanos, y la sonrisa de la hembra que sabe que la miran, que hablan de ella, que la desean.

La sevillana caminaba con prisa, tenía solo unos minutos para llegar a tiempo. El vestido que lucía era muy hermoso, alquilado pero precioso, algún día podría permitirse el lujo de un capricho así. Sus hermanos se quedaban en

casa y podía despreocuparse de *Clarita*, aquel era su día. Se haría pasar por una gran señora y nadie desconfiaría, un trabajito fácil, odiaba la prepotencia pero confiaba en su habilidad. Los aledaños de la Real Maestranza estaban a rebosar, y los ciudadanos se agolpaban haciendo colas in¹⁹ terminables ante las puertas. El apiñamiento se producía sobre todo en las entradas de sol, pero Candela se sentaría hoy en la zona noble del coso taurino. Se colocó justo detrás de varios caballeros, perfectamente engalanados, desplegó el abanico y consiguió lo que quería. Bien podría estudiarse el arte de cualquier andaluza con su abanico en la mano.

—¿Quiere usted pasar primero, señora? —El señorito la examinó de arriba abajo, como si se tratase de una yegua o de una res que pudiese comprar con su despreciable dinero de niño pudiente y descarado.

—Gracias, caballero. —«¡Hombres!», suspiraba resignada la chica.

La plaza estaba abarrotada, varios miles de sevillanos que no querían perderse la última de feria, una goyesca. Candela ocupó su lugar, reservado cuatro semanas antes. Por delante, varias sillas vacías por el momento, ya sabía quien se sentaría en sus narices. Primeros aplausos, las cuadrillas y el alguacil a caballo, con paso marcial y estudiado, iniciaban el paseillo. Cuando el primer astado estaba a punto de salir por la puerta de chiqueros, llegó la gran dama, como era su costumbre, para que todos sus conciudadanos pudiesen verla. Candela se agachó con gracia para saludar con educación, pero la duquesa no se rebajaría a mirar a la cara a sus compañeros de palco. Ya era bastante humillante para ella no poder disfrutar en exclusiva del lujoso palco real.

Desde unos escalones más abajo, el policía Juan se volvía con disimulo para no llamar demasiado la atención. La dama se sentaba con el señor alcalde y el presidente del festejo, ¡y justo delante de la de Santa Cruz! ¿No se atrevería a jugársela allí mismo?

El toro, un lucero con una profunda mancha blanca en la frente, de nombre Gladiador, ya correteaba sobre el albero, los subalternos y el diestro se refugiaban detrás de los burladeros para observar la planta del animal. ¡Gran ejemplar! Pesaría unos seiscientos kilos y trotaba como un auténtico diablo, pero eso no era lo peor, su cornamenta asustaba de verdad. Unos pitones puntiagudos y afilados amenazaban al matador, que lo aguardaba en el mismo cen²⁰ tro del ruedo. En la primera toma de contacto, bien, varios capotazos de calidad, chicuelinas, un par de rechazos y una media verónica, arrancaron los primeros aplausos de la Maestranza.

Juan se giraba, pero su posición era incómoda, y no quería que ella lo descubriese por falta de pillería. Se haría pasar por un aficionado más. La gente se levantaba con sus palmas y no veía ni jota. ¡Maldita sea!

Llegó el turno del picador, no estuvo muy hábil con los

puyazos y el presidente ordenó el cambio, el jinete se retiró indignado acompañado por los monosabios. Todo quedaba en manos del torero, «el Tomillo de Morón», que además se encargaba personalmente de los turnos de banderillas, tres turnos fantásticos, dos quiebros y un último de poder a poder con bastante riesgo. Ahora sí se estaba gustando, los mulatazos se ganaban al público con varias verónicas, una revolera y hasta una larga cambiada. El astado exhalaba su aliento y parecía cansado, «el Tomillo» tenía que definir, comenzó con un trincherazo y gritó, el animal respondió trotando hacia él, lo recibió con dos naturales y un doblón con la rodilla casi acariciando la arena. Ahora llegaba lo que todo el respetable esperaba, su especialidad en Sevilla, los faroles, los faroles que arrancaban frenéticos olés, y un pase de pecho final que le aseguraba el trofeo, si no la fastidiaba con la estocada. Y no la fastidió, después de los olés, se cuadró con valentía ante el toro, flexionando la pierna izquierda para recibirlo, se hizo el silencio. Como un cementerio. Alzó la espada, un elegante volapié, y vaya estocada, el inmenso animal se desplomó ante los mismos pies del diestro, como el gladiador vencido sobre la arena del coliseo, el nombre con el que el ganadero lo había bautizado ya era presagio de semejante final. Entonces el público estalló y él agradeció el cariño a los miles de pañuelos que imploraban la máxima distinción. Un saludo desde los medios y tres vueltas al ruedo entre lluvias de rosas, los toreros de plata rodearon a su matador, saldría a hombros por la puerta grande y acompañado por sus subalternos. ¡Diosa Fortuna, y en la última de feria! Y pensar que en Córdoba remató tres toros capuchinos con descabello, el primero ojinegro

21

para más inri y mal farío, pero Sevilla es Sevilla y la Maestranza, la Maestranza. Juan no veía a Candela, y eso que ya no disimulaba su seguimiento, pero sí observó movimiento en el palco. Y por desgracia, no se esperaba muy buenas noticias, el alcalde reclamaba a gritos a sus compañeros de uniforme. ¡Vaya con Candela! Se acercó y se identificó, la duquesa casi se había desmayado.

—¿Qué ocurre? Tal vez pueda echarles una mano.

—Han robado una joya muy valiosa, un collar con esmeraldas y otras gemas magníficas. Se lo robaron a ella.

Juan se fijó en la dama, lloraba como una chiquilla, sin importarle que toda la plaza la mirase. —Pertenece a mi bisabuela y su valor es incalculable.

El policía pensó, no podía revelar que seguía a la ladrona, lo tomarían por inútil. Su jefe no pasaría por alto que estuviese tan cerca y no viese ni un mínimo movimiento.

¿Qué haría ahora?

—Avisen al inspector Juárez, él se encargará de la investigación, yo les ayudaré con el papeleo y las demás actuaciones.

VALLADOLID

La tienda era más bien pequeña, dentro se apelotonaban una docena de compañeros, el gallego buscó su catre. Dos

hileras de literas se alineaban a ambos lados de un pasillo central.

—¿Me la cambias, amigo? No me gusta dormir arriba, seguro que me estampo la primera noche.

—Como quieras, a mi no me importa, movemos los letreros y listo. —En cada camastro se había dispuesto un trozo de cartón con los apellidos de cada recluta.

—¿Cómo te llamas?

—Joaquín Hevia, pero llámame *Quinito*. Soy de Mieres, *Asturies*. ¿Y tú?

—Manuel, de Lugo. ¡Vaya casualidad! Casi somos vecinos, ya sabes, gallegos y asturianos...

—Primos hermanos.

22

—Un asturiano, pues mira que he tenido suerte, y a partir de hoy nunca se sabe, estamos en las manos de Dios.

—Sí, aquí no habrá problemas, pero he oído por ahí que pronto nos enviarán al frente y muy pronto, tal vez a Teruel. Y eso que acabamos de llegar, ¿qué te apuestas a que nos mandan al frente sin pegar un solo tiro?

—Teruel. Dicen que las cosas se van a poner muy feas por allí, me veo en la trinchera.

—¿Y qué más dicen, gallego?

—Mira, al venir hacia los barracones pude enterarme de algunos chismes. —Manuel rebajó intencionadamente el tono de voz para que solo su interlocutor pudiese escuchar—. Cuentan que se produjeron grandes batallas alrededor de Madrid, en Jarama, Brunete y Guadalajara, muchos muertos, toneladas de obuses de los morteros Valero, Laffite o Ecia y nada de nada, y eso que en Guadalajara entraron en acción los italianos, parece que dejamos Madrid cercado para más adelante, por eso ahora van hacia el noreste, quieren aislar Cataluña. Y el primer paso parece Teruel. Nosotros tomamos Málaga, Bilbao y Santander, y hace unos días cayó Gijón, tus paisanos opusieron mucha resistencia. Ellos atacaron Belchite. —

¿Por qué le seguía dando vergüenza lo de nosotros y ellos? ¿Y por qué se preguntaba aquella tontería si ya lo sabía?

—No me extraña, en octubre del año pasado se lió una de tres pares de narices en Oviedo pero al final... Al tiempo controlaron parte del norte, Irún y San Sebastián, creo. Y en todo esto, otro gallego metido hasta el fondo. —Los accidentes de aviación de Sanjurjo y Mola, el verdadero cerebro de la actual situación, dejaban solo al frente de los sublevados a Franco, que había trasladado al ejército de África tras unirse a la contienda a raíz del asesinato de Calvo Sotelo, ministro de finanzas durante el mandato de Miguel Primo de Rivera. El Generalísimo, como se le llamaba ahora, estableció la sede del gobierno y Estado Mayor en Burgos en octubre del 36, y ya con la muerte de su amigo Mola en junio del presente año, decidió seguir con la contienda, costase lo que costase.

—Ya te digo, los gallegos estamos por todas partes, como
23

las pulgas. Hasta tengo un hermano en el otro lado de las
alambradas, ¡y los que estarán con el pobre Evaristo!

—¡Firmes! —Un sargento de artillería entraba como un
rayo en la última tienda de la derecha.

—Sois patéticos, carne de trinchera. Nunca vi semejante
cuadrilla de impresentables e hijos de mala madre. ¡A correr
al patio!, ¡ya! —Ni siquiera les dio tiempo para vestirse
un uniforme que hallaron sobre la almohada, y así salieron
al barro vallisoletano, con las ropas que cada uno traía de
su casa. Una hora después volvían al barracón, exhaustos y
totalmente empapados. Manuel no podía ni con los pantalones,
pero había aguantado como un león, otros se rindieron
sobre la tierra encharcada.

—Y ahora, a dormir. —El sargento Martínez aumentaba
el volumen de su voz—. Si oigo el ruido de una mosca,
volveré y os mandaré a correr otra vez de madrugada, y en
pelotas. ¿Entendido?

Se oyeron leves respuestas, más bien bravatas en voz
muy baja, por si acaso.

—¿Entendido?

—¡Sí, señor!

A 25 KILÓMETROS DE ANDORRA. FRANCIA

—¿Me dejarás en el mismo lugar? —García viajaba esta
vez en primera clase, ocupando la cabina del camión con
el argentino. El capitán sonreía, tenía la impresión de haber
hecho un buen negocio. Hasta se estaba amigando con
el hombre que lo transportara como ganado la vez anterior.

—No, te llevo hasta Madrid y me quedo contigo.

García se extrañó de las palabras del porteño.

—¿Conmigo?

—Bueno, no exactamente. Pero estaré cerca para recibir
las misivas del señor conde, que luego yo te entregaré para
finalmente recoger los *regalos*.

—¿Y dónde te esconderás? Si puede saberse, claro. Tú y
tu conde tenéis más secretos que el Estado Mayor, y Madrid
ahora mismo no está lleno de hoteles de postín.

24

—Preguntas demasiado, gallego. —En el país natal de
Leonardo se llamaba gallegos a casi todos los españoles, tal
era la cantidad de emigrantes de la región galaica en la capital
bonaerense.

—Tú conoces al señor Van der Globber desde hace tiempo,
¿cómo es?

—Un buen jefe, y a pesar de lo que puedas pensar, una
excelente persona. Es lo único que puedo decirte, le conocerás
mejor con el tiempo si cumples con él.

—¿Nada más?, ¿siempre eres tan leal?

—Leal no es la palabra, agradecido. El señor da trabajo
a mi familia, y no voy a morder la mano que nos da de
comer.

—Lo comprendo, pero, hombre, sé más de algunos tipos

que he enviado a la tumba.

Seguían avanzando y García decidió no interrogar más a su compañero de viaje, dormiría un rato ahora que sabía que Andorra no era la estación de regreso. ¿Qué ocurriría en Madrid? Se preguntaba si sus camaradas lo estarían buscando. ¿Y el estado de los combates? Este extremo le importaba hasta entonces bastante poco, porque él trataba siempre de alejarse lo más posible del frente y de los lugares inconvenientes del mapa. Ahora la situación cambiaba radicalmente, el capitán no conocía de antemano las intenciones de Van der Globber, y no sabía si tendría que poner su trasero en peligro, aunque era de suponer que sí. ¡Pero merecía la pena!

SEVILLA

—Se la robaron delante de miles de personas y de los guardias del alcalde. Tú no sabrás nada de esto, ¿verdad, *Juanito*?

El emeritense decidió que lo mejor era hacerse el loco como en la plaza, no podía reconocer ante el jefe que temía

que el robo se produjo ante sus propias narices. Y lo que más le dolía era saber que ella no tenía las manos limpias.

25

—¿No tendrá nada que ver tu amiguita? Ya me tenéis los dos hasta las narices.

Sin respuesta.

—Eres un inútil, espero que al menos seas capaz de cumplir con lo tuyo y trincar a esa tía.

Juan pensaba, ¿cómo lo haría? Tenía muchas muescas en su revólver por detener a ladrones muy hábiles, pero esta era una fuera de serie. La mejor de los mejores. Y eso que su seguimiento era constante desde hacía más de tres meses, y estaba seguro al cien por cien de que Candela no sospechaba nada. Su arte para el escondite y el disfraz la salvaba de momento, pero el sargento sí tenía razón en algo, no podía demorar mucho una detención porque la chica, además de hábil, se mostraba también inteligente. O lo hacía o acabaría descubriendo al perseguidor.

—Gracias, el vestido que me recomendaste llamó mucho la atención. Toma, es lo que te debo.

Candela devolvía las ropas y pagaba la cuenta del alquiler, se encontraba en una de las tiendas de más categoría de la calle Sierpes. Allí contaba con una amiga, que le prestaba por unas horas las ropas que las grandes señoras pagaban con auténticas fortunas para acudir a los constantes acontecimientos sociales de la ciudad hispalense.

—Y esto es para ti, siempre me ayudas con lo que necesito.

—Candela, no tienes porque hacer eso. Me siento mal, somos amigas y entre amigas sobran las propinas.

—Te lo mereces. Me ha salido un buen trabajo gracias a ti, ¿por qué no voy a compartir mi buena suerte contigo, amiga?

Y en efecto, así era. Flora le había dado el soplo que la

puso tras la pista de la duquesa, la señora se acercó una tarde para probar, y de paso, aprovechó la ocasión para presumir de su invitación a la real plaza. A Flora se le «escapó», y a por la gran dama.

La de Santa Cruz salió de la tienda y cruzó Sierpes en dirección a la plaza de El Salvador, allí remataría su negocio. Un joyero solía comprar sus adquisiciones y esta vez le pagaría una buena suma, se trataba de esmeraldas y alguna que otra piedra preciosa que completaba el diseño. Y conociendo a la dama, no se trataría de simples baratijas de imitación.

—¿Qué me traes, *Candelilla*? —La chica mostró un pañuelo de terciopelo rojo, que luego fue abriendo muy lentamente y con sumo cuidado—. ¡Corcho! Yo mismo se lo vendí, ¿qué te apuestas a que vuelvo a hacerlo? —El joyero observaba el collar con una lupa de gran aumento.

—¿Ella compra aquí? ¡Si dijo al señor alcalde que era de su bisabuela!

—¡O de la mía! ¿Qué te creías? Esta es una de las mejores joyerías de Sevilla, ella tiene perras de sobra pero no es tonta, sabe lo que hace y donde comprar si le compensa.

—Discúlpame, estoy sorprendida. Parece muy valiosa, supongo que le compensará recuperarla, y más si cree que tiene buena venta de nuevo.

Daniel abrió la caja y empezó a contar billetes, Candela abrió los ojos y no perdía detalle. Si quisiese darle el palo al joyero... Nunca, era una profesional y el anciano su mejor cliente.

—¿Suficiente, *Candelilla*? —Espero que te ayude a tapar algunos agujeros.

—¡Madre de la Macarena! De sobra, la verdad es que no contaba que lo valorase tan bien, los dos hicimos un buen negocio esta vez.

—Pues que todos sean así. Hasta la próxima, muchacha.

—Adiós, don Daniel. —El anciano se quedó sonriendo mientras Candela abandonaba su negocio, le había pagado más de lo que debía pero sabía que atravesaba dificultades, y como bien le había dicho, confiaba en venderle por segunda vez la misma pieza a la duquesa.

Y ahora, a Santa Cruz, a celebrarlo con sus hermanos, les prepararía una buena cena, y quizá todos podrían reír y olvidar por unas horas. Comenzó su camino sin darse cuenta de que una segunda sombra la seguía sigilosamente.

27

CAMPAMENTO NÚMERO TRES. VALLADOLID

La instrucción los estaba matando, seis kilómetros de carrera continua y veinte de marcha con todo el equipo de la mochila a cuestas. Manuel estrenaba unas nuevas botas de oficial que había conseguido trapicheando con el cocinero. Y llevaban siete días así, ¿cuánto les quedaría? Su sargento parecía el auténtico diablo, y aunque gritaba como un loco, él mismo era el primero en realizar todas las pruebas. El *nazi*, así se le llamaba en el pelotón. *Quinito* conseguía

aguantar, pero eso sí, siempre llegaba unos metros por detrás de sus compañeros, con lo que se ganaba la bronca correspondiente.

El gallego apretaba los puños cuando veía la impotencia con la que su nuevo amigo soportaba los desaires del sargento, pero se guardaba bien de no despegar ni una sola vez sus labios.

Por fin a los barracones, una ducha en agua fría, una taza de sopa amarga y a dormir, al menos hasta las seis de la mañana.

—¡Núñez y el asturiano! Os toca guardia. —¿Para qué harían planes?

—Maldita sea, si estoy tan cansado que no sé si todavía tendré un alma propia.

—Vamos, *Quinito*. No te lamentes, porque no ganarás nada con ello.

Joaquín era realmente el antagonista de su nuevo compañero, bajito y barrigudo, lucía una calva impropia de su edad todavía juvenil. Y para colmo, como decía él mismo bromeando, era bizco de tanto mirar a las mujeres, sobre todo

a las de los demás.

Si en las tiendas hacía frío, en las garitas se hacía insoportable, los dos se envolvían en sus mantas dejando una mano libre para agarrar su fusil reglamentario con rapidez.

—Hace una noche de perros, espero que no nos den la murga y no aparezca nadie por aquí.

—¿Para qué hablarás? Mira, ahí viene el primero, tú eres gafe.

Salieron de la garita para dar el alto al automóvil, *Qui28 nito* se colocó en una posición un poco más adelantada para que Manuel lo cubriese con su fusil.

—¿Podemos pasar, soldado? Mi conductor se ha olvidado el salvoconducto.

Desde la ventana trasera, un militar muy bien vestido interrogaba al asturiano. Y este dudaba, ¿quién era aquel tío? Tenía en la pechera más estrellas que Dios pero... Manuel se apresuró a echar un capote al camarada.

—Abrid paso al general.

—Gracias, gallego. Saldré de esta puñetera guerra sin saberme las graduaciones de los gerifaltes. Menos mal que estabas tú conmigo, si me toca algún otro de guardia nos fusilan. — La barrera se irguió y el coche desapareció de su vista en dirección a las residencias de alto rango.

—Tranquilo, asturiano. ¿Para qué están los camaradas?

—Manuel nunca se habría imaginado hacer amistades en una guerra, aunque de momento el peligro les caía un poco lejos. —¡Dios quiera que siga siendo así por muchos meses!

—Ya no nos dará tiempo ni a dormir media hora. Con la paliza que nos pegamos hoy, ¿aguantaremos mañana?

—Si nos mete otra marcha igual, lo dudo. Alguien me dijo antes que mañana empezaríamos las prácticas de tiro, eso nos cansará menos. Creo que fue José durante la cena.

—José era el cocinero, y desde luego convenía hacer amistades

en las cocinas, siempre llenaba un poco más el plato o repartía las sobras del pan para picar por las noches.

LA ESTRELLA DEL SUR. MADRID

Las jarras de vino corrían de mano en mano en la mesa más alejada de la puerta, una camarera bastante ligerita de ropa se encargaba de rellenar a tiempo los recipientes vacíos. Varios hombres uniformados reían y cantaban por efecto de su embriaguez, celebraban la vuelta del desaparecido.

El capitán García no se había equivocado, sus hombres lo habían dado por muerto tras su misteriosa salida del burdel, todos pensaron en un posible ajuste de cuentas con algún criminal de los que frecuentaban el lugar. Acom29 pañaban al capitán su inseparable Lucho, los gemelos y el sargento de zapadores Méndez. A Lucho le apodaban el *Francés*,

por la ascendencia de su abuela materna, oriunda de Marsella. Pero los que llamaban la atención eran los gemelos, Pedro y Pablo, ni su madre era capaz de reconocer a dos muchachos tan parecidos, idénticos como dos gotas de agua. Y ellos sabían sacar ventaja a la circunstancia, no era la primera vez que uno se hacía pasar por el otro para dar esquinazo a algún agudo profesor de la Universidad de Salamanca.

García tomó la palabra otra vez.

—¿Qué me respondéis?, ¿cuento con vosotros? —El capitán les había propuesto el negocio del siglo.

—Claro que sí, ¡viva el capitán!

—Sabía que no me defraudaríais, sois los mejores.

El sargento, el menos ebrio de los cinco, calculaba sus posibilidades y no lo tenía todo tan claro.

—Tu idea me parece muy buena, ¿pero cómo haremos para desaparecer sin que nadie nos eche de menos en el cuartel?

—Ya he pensado en eso y lo tengo más o menos solucionado.

Van a crear tres unidades para perseguir a posibles desertores por toda la península. Me he ofrecido como voluntario y han aceptado, solo queda la aprobación final del comandante. En mi escrito os incluía a vosotros porque ya sabía que la pasta os tocaría la fibra sensible. De vez en cuando les entregamos algún desgraciado que se haya muerto de frío o de hambre, y listo.

—Y si no, te traigo yo a un par de fiambres, ¿quién es el comandante?

—El nuevo, el tal Robles. Un tipo de Zaragoza.

—Me llevo bien con él, le hablaré por la mañana para apoyar tu candidatura. Seguro que nos recluta a nosotros.

—Entonces de acuerdo, ¡Margarita, más vino! Y trae a tus amigas para acompañar a mis muchachos.

—A la orden, mi capitán. —La chica salió a lo loco, ondeando los pliegues de su falda al dar la media vuelta.

Los gemelos no removían ni la lengua y Lucho hacía tiempo que había dejado de hablar, la borrachera marcaría

época y el capitán estaba contento. Ahora a esperar noticias del argentino.

CAMPO DE TIRO. VALLADOLID

Casi no les daba tiempo a lavarse un poco, después de la noche de vigilia, y ya tenían que subirse a los camiones con el resto de compañeros para dirigirse al campo de tiro.

Quinito se frotaba los ojos.

—¡Arriba!, ¡rápido! No tengo toda la mañana para esperar a esta pandilla de holgazanes.

Obedecieron y saltaron a las cajas, un cabo se subió y comenzó a repartir los fusiles Mauser Español entre los reclutas.

Media hora de botes por una carretera de tierra muy bacheada y llegaron a una enorme explanada.

—¡En grupos de diez! Primero cinco disparos y luego otros cinco desde posición de tendidos.

Los tiros se sucedían y provocaban un ruido ensordecedor, que no cesaba mientras se sucedían los grupos. Llegó el turno de Manuel y el asturiano. Manuel se lo pensó un tiempo, clavando sus ojos en la diana de círculos concéntricos de colores blancos y negros. Una primera ráfaga y luego se tiró al suelo, respiró de nuevo. ¡Allá van!

—¿Cómo fue, *Quinito*?

—Creo que bien, esperemos los resultados. ¿Nos los dirán?

—Me parece que sí, aquel tipo de allí los está anotando, ¿lo ves?

Se sentaron en la hierba y esperaron con paciencia a que todos los grupos acabasen su ronda.

—¡Escuchen! Tenemos excelentes tiradores esta vez, pero hay algunos realmente buenos, podré presumir ante el general.

—Martínez, Joaquín, Bidasoa y el gallego, un paso al frente.

Los aludidos obedecieron al momento, el asturiano miraba a Manuel por el rabillo del ojo.

—Todos deberían aprender de sus compañeros, ¡el ene31 migo ya puede rezar sus últimas oraciones! Núñez, eres el mejor. ¿Dónde diablos has aprendido a disparar así?

—Soy cazador, señor.

—¿Cazador? Has metido las diez balas en el puñetero centro, aquí vas a cazar de lo lindo. ¿Qué escopeta utilizas?

—Una Holland, señor.

—¿Holland & Holland? Esa es el arma de un rey, ¿la robaste? —Parecía que el sargento no desconocía el tema de la caza, a todos los demás les sonaba a chino la conversación entre ambos.

—Es un regalo de un pariente, trabajó en Inglaterra en la casa de un ricachón y él se la confió cuando recibió la jubilación. Mi primo solía participar en las batidas de caza del señor McAllister.

—Vamos a hacer una cosa, repetirás los disparos, pero ahora de uno en uno para que el cabo nos cante los blancos desde allí. Si eres capaz de acertar otros cinco, daré permiso de dos días a todo tu barracón. Y hasta te ayudaré un

poco, utiliza el mío, es el mejor. —El sargento reía mientras le arrojaba un Mauser con cañón corto de 55 centímetros, más ligero y con cerrojo curvo en la manilla.

—De acuerdo. —Manuel se puso nervioso, sobre todo al repasar con la mirada los ojos suplicantes de los implicados. Además, estaba acostumbrado a las manías de su propia arma, no a la del suboficial. Ojalá tuviese tiempo de regular el sistema de alzado posterior graduable de cien en cien metros entre los cuatrocientos y los dos mil. Confiaría en el buen hacer del propietario original.

Se colocó en posición de tendido y empezó de nuevo.

—¡Blanco!

Los vítores y aplausos rompieron el silencio sepulcral, los camaradas lo animaban, ¡Manuel, Manuel!

—¡Diana!

Y así cinco aciertos, un cargador completo, pleno.

—¡Permiso, chicos!

—¡Bravo, viva el gallego!

Manuel se sentía feliz, aun cuando cinco o seis soldados lo agarraron para mantearlo mientras vitoreaban unos olés.

32

3

PRIMEROS PASOS

MADRID

Un hombre martilleaba con ganas el picaporte de la puerta en La Estrella del Sur, el sonido resultaba metálico.

Una mujer pelirroja abrió la puerta, a medio vestir y con voz ronca preguntó:

—¿Quién eres?

—Busco al capitán García, ¿lo conoces? Dile que Mendoza lo busca y que tiene bastante prisa.

—No viene usted a buen sitio para vivir con tantas prisas, aguarde un momento.

La mujer cerró la puerta en las narices del argentino, recorrió el pasillo central del edificio y se presentó en una de las habitaciones de la parte posterior. Abrió sin llamar, García estaba dormido y encamado con dos de sus compañeras, que también dormían.

—Te llaman, mi capitán, un extranjero te espera.

El soldado, somnoliento se levantó a la carrera, se temía lo peor y aún arrastraba una resaca de dos pares de narices.

—¿Quién es?

—Se llama Mendoza, o algo así.

—Mendoza, ¿cómo...? —El capitán estaba perplejo, la ciudad sitiada y bajo el toque de queda tras la sustitución

33

de Largo Caballero por Juan Negrín, y aquel cabrito campaba por allí como si tal cosa.

Se vistió lo más rápido posible y salió al encuentro del enviado de Van der Globber. Él mismo recibió al argentino.

—¿Cómo te va, Leonardo? ¿Cómo me encontraste? Parece

que no guardo muy bien mis espaldas si tú me sigues y yo ni siquiera sospecho.

—No tan bien como a ti a juzgar por la mujer que me abrió la puerta. Encontrarte es muy sencillo, eres predecible. Para seguir a alguien, hay que saber hacerlo. Traigo noticias, el jefe te envía un mensaje.

—No me digas que te lo sabes de memoria. —García no veía ninguna carta.

—Él no utilizará de momento ningún medio que lo incrimine, por eso no verás aún algo de su puño y letra. Tienes tu primer viaje y dos encargos, se trata de Benavente, y muy cerca de allí otro pueblo, Manganeses de la Polvorosa, ¿un nombre llamativo, verdad? Pocos edificios pero sí uno que nos interesa, la ermita. Es bastante antigua y tiene un gran campanario, el tesoro es una talla en madera del siglo ^{xvi}, representa a la Virgen María con su hijo en brazos. No será complicado, el padre encargado de la parroquia es el único que la custodia. Te he dibujado ambos objetivos, lo siento, los planos no son lo mío.

—De acuerdo, sé más o menos por donde queda. ¿Quién la recoge? Tú, supongo. Podemos quedar aquí dentro de una semana, el martes la tendrás en tus manos.

—Por mí, conforme, no fallaré a la cita.

—¿Y tú cómo la mandas a Suiza? Me imagino que no llevarás todos los encargos personalmente, si es así terminarás encontrándote con problemas al atravesar los frentes.

—No te preocupes por eso, yo sé hacer bien mi trabajo. Además, ya te dije una vez que preguntas demasiado. Lo tuyo

llega hasta aquí y punto. —Trazó una línea imaginaria en el aire—. Lo que pase entre aquí y allí ya no depende de ti. —No volveré a preguntar estupideces, tienes razón. ¿Por qué no te quedas? Tómate algo, o si lo prefieres, conozco a todas las chicas que...

34

—Olvídalo, ese es tu punto débil, por ahí encontré tu rastro.

—Quizá me convendría cambiar de centro de operaciones. Pensaré en ello, tal vez tengas razón.

—Hazlo —sentenció el argentino—. Se me hace tarde y tengo más asuntos que atender, hasta el martes.

—Adiós. —El capitán acompañó a Mendoza hasta la entrada y se quedó mirando como desaparecía entre la húmeda niebla madrileña. Se preguntaba qué asuntos podría tener pendientes aquel extraño en la capital de un país destrozado por las balas y los morteros.